



AFRODITA DESENMASCARADA

UNA DEFENSA DEL FEMINISMO LIBERAL

MARÍA BLANCO

«En este libro encontrarás una perfecta exposición de la posibilidad y de la necesidad de un feminismo liberal.»

—Del prólogo de JUAN RAMÓN RALLO



Este libro te acerca, de manera divulgativa pero bien argumentada, a los principios del feminismo liberal. Una corriente que se basa en la defensa de los derechos y libertades de la mujer a partir de los principios del liberalismo: la defensa de la vida, de la propiedad privada y del cumplimiento de los contratos.

Conceptos tan actuales como «empoderamiento» no son, para las feministas liberales, más que el mal uso del ejercicio de la libertad individual de la mujer, la autoafirmación y la superación de los grilletes del pasado. Esta mala praxis proviene de la política pero, lamentablemente también, de algunas entidades feministas que si bien en algunos casos están cargadas de buenas intenciones, en otros sirven a un interés sesgado en la búsqueda de poder político y social.

Afrodita desenmascarada no pretende combatir a ningún colectivo sino plantear un nuevo tipo de defensa de la mujer, por la mujer y sin caer en manipulaciones capciosas o mensajes facilones.

*A Flora, la reina de las flores, ejemplo de mujer
que se superó a sí misma, a la sociedad y a su pro-
pio destino.
Afrodita de las vidas de muchas otras mujeres, en
especial de Amada y Llanos.*

Prólogo

Liberalismo y feminismo

El liberalismo es una filosofía política que defiende el derecho a la libertad de todos los individuos como presupuesto institucional imprescindible para que todos esos individuos puedan perseguir sus propios proyectos vitales coexistiendo entre sí. En ese sentido, el liberalismo no es sólo una filosofía radicalmente favorable a la libertad individual, sino también fundacionalmente igualitarista: todas y cada una de las personas poseen un *mismo* derecho a la libertad. El filósofo inglés Herbert Spencer lo resumió estupendamente en su conocida ley de igual libertad: «Cada ser humano posee la libertad de hacer todo aquello que desee siempre que no vulnere la igual libertad de los demás».

Ésa es la razón básica por la que el liberalismo resulta del todo compatible con la primera ola histórica de movimientos feministas: en tanto en cuanto el primer feminismo reivindicaba una absoluta igualdad jurídica entre hombres y mujeres, ese primer feminismo ondeaba una bandera genuinamente liberal. Tal como recalcó ese gran liberal llamado Friedrich Hayek: «La lucha por la igualdad formal y contra toda discriminación basada en el origen social, la nacionalidad, la raza, el credo, el sexo, etc., sigue siendo una de las características más importantes de la tradición liberal». Sin igualdad jurídica no puede existir liberalismo en tanto en cuanto la desigualdad jurídica equivale a la impo-

sición de servidumbres a unos individuos en favor de otros individuos privilegiados.

Igualitarismo jurídico no significa, empero, igualitarismo social: que a cada persona se le reconozca un simétrico ámbito propio de no interferencia frente al resto de individuos no equivale a decir que todas ellas vayan a usar ese ámbito propio del mismo modo y con los mismos resultados. A su vez, que a todos los individuos se les reconozca el derecho a asociarse o desasociarse voluntariamente de otros individuos no significa que todas las redes asociativas que surjan en la sociedad serán idénticas. Algunas personas serán muy exitosas a la hora de usar su libertad para cooperar con otros individuos, mientras que algunas otras podrán fracasar en ese empeño. No es necesario trasladar estas intuiciones al ámbito mercantil para ilustrar su verosimilitud; y en el ámbito afectivo también es fácilmente observable cómo algunas personas tienen éxito a la hora de encontrar a su media naranja, mientras que otras fracasan, o prefieren vivir en solitario, u optan por relaciones más abiertas, etc. Es decir, la igualdad jurídica conduce espontáneamente a una observable desigualdad social fruto tanto de la diversidad de preferencias de los individuos como, también, de su diversidad de capacidades. Recomponer por la fuerza esta desigualdad social en la búsqueda de una igualdad social impuesta conllevaría por necesidad un aplastamiento de la igualdad jurídica: a algunas personas se les respetaría su libertad, pero a otras no (las cuales deberían someterse a los designios arbitrarios de una justicia social igualitarista).

Es por ello que el liberalismo encaja tan mal con los llamados feminismos de segunda y, sobre todo, de tercera ola, los cuales no se limitan a reclamar la imprescindible igualdad jurídica entre todas las personas con independencia de su sexo, sino que pretenden modificar las estructuras sociales que son el resultado de la libre interacción entre todos los individuos —jurídicamente iguales— que conforman una sociedad. Desde esa perspectiva, parece bastante

obvio por qué el liberalismo, que propugna igual libertad jurídica para todos, no puede suscribir propuestas que impliquen el uso de la fuerza estatal para prohibir u obligar a personas determinadas a que se comporten de un modo distinto al que desean comportarse dentro de su esfera de libertades. Así las cosas, y desde el punto de vista de la neutralidad moral liberal con respecto a los heterogéneos estilos de vida libremente elegidos por los individuos, los liberales *qua* liberales no deberían tener nada que decir con respecto a, verbigracia, cualquier posible desigualdad salarial entre hombres y mujeres, a las tasas de alfabetización de la mujer, al asimétrico reparto de las tareas domésticas o incluso a la absoluta subordinación de la mujer frente al hombre dentro de la «voluntaria» institución familiar. Esta es, al menos, la posición de lo que podríamos denominar —siguiendo al filósofo Rad Geek— un liberalismo delgado o esquelético: todo aquello que no vulnere la libertad de las personas queda fuera del foco analítico del liberalismo.

Sin embargo, esta postura minimalista corre el riesgo de degenerar en un reduccionismo ético. La consecución de los fines de cualquier persona no sólo depende de su habilidad dentro de la esfera de libertad que le viene garantizada por el respeto universal a las normas de justicia, sino que, como ya hemos indicado antes, también depende de las estructuras sociales que se conforman como consecuencia de la libre interacción entre los individuos: la moral, la costumbre, el lenguaje o la religión conforman un segundo escalafón de normas —subordinadas a las normas generales de justicia— que, sin requerir de coacción, restringen las relaciones que pueden llegar a trazar los individuos en sociedad. En este sentido, y dentro de la perspectiva del feminismo, cabría exhibir preocupación y expresar quejas por aquellas instituciones espontáneas que tiendan a minusvalorar sistemáticamente a la mujer, como, por ejemplo: la (auto) segmentación por roles en ciertas profesiones; la marginación de la mujer al ámbito doméstico; la exclusión

femenina del ámbito universitario; la discriminación salarial dentro del ámbito laboral; o la sujeción absoluta de la mujer al arbitrio del hombre por presunto mandato divino.

Y, como también hemos señalado, el liberalismo se opone *prima facie* a que el Estado se inmiscuya en esas instituciones sociales surgidas de la libre interacción de las personas: no sólo porque se corre el muy serio riesgo de caer en una desgracia de «ingeniería social» —construir unas nuevas instituciones sociales que se subordinen a los intereses de la clase oligárquica del Estado—, sino porque el Estado sólo es capaz de alterarlas utilizando la coacción sobre personas determinadas, limitando así su libertad (algo inaceptable para cualquier liberal). Ahora bien, hay al menos dos motivos por los cuales los liberales no deberían ser moralmente indiferentes con respecto a estas instituciones sociales contra las que suele cargar el feminismo —o al menos con respecto a algunas de ellas.

El primero de dichos motivos es la posible incompatibilidad entre esas instituciones sociales y los valores subyacentes al liberalismo. ¿Por qué el liberalismo defiende un sistema normativo centrado en la libertad individual? Para permitir que cada persona persiga sus propios proyectos vitales sin interferencia de otros individuos. ¿Tiene sentido ser moralmente indiferente ante instituciones que cercenan profundamente —y aun sin utilizar la violencia— la capacidad de las personas para perseguir esos proyectos vitales? O bien, al ser moralmente indiferentes a ello, ¿no estaremos incurriendo los liberales en una honda contradicción respecto a las razones últimas por las cuales defendemos el liberalismo? En ese sentido, podría haber estructuras sociales que oprimieran de manera muy severa a las mujeres y que deberían ser vistas con gran recelo por parte de cualquier liberal; baste imaginar, por ejemplo, una religión muy extendida en la que se exigiera que el sexo femenino se sometiera a una absoluta servidumbre en favor del sexo masculino. Aun cuando la difusión de esa religión se desa-

rollara por medios absolutamente voluntarios y sin conculcar las libertades de nadie, el liberalismo debería contribuir a combatirla «intelectualmente»: esto es, denunciando todos aquellos argumentos sin fundamento científico que sólo sirvieran para justificar una arbitraria sumisión de la mujer al hombre. Por supuesto, también es necesario recalcar que cualquier liberal debe ser prudentemente escéptico a la hora de combatir, aunque sea por medios pacíficos, ideas y modos de vida ajenos: en ocasiones, la línea que separa la intolerancia hacia la legítima pluralidad de modelos alternativos de vida y la intolerancia hacia la intolerancia arbitraria puede ser extremadamente delgada; lo que a un observador externo puede parecerle una estructura social caprichosa al servicio de los hombres podría tratarse simplemente de una estructura social que solventa funcionalmente ciertos problemas de coordinación entre individuos. No toda institución social que a simple vista nos parezca injustificadamente «patriarcal» tiene por qué serlo realmente, y lanzarnos a criticar cualquier herencia cultural por el simple hecho de que nos disguste instintivamente podría llevarnos a alimentar una innecesaria conflictividad social, que, a su vez, también restrinja la autonomía de las personas. En todo caso, y con las debidas cautelas, el liberalismo no debe ser indiferente frente a instituciones inhabilitadoras de los seres humanos, incluyendo, claro, a las mujeres.

Con todo, mucho más importante es el segundo motivo por el que los liberales no deberían encogerse de hombros ante algunas de esas instituciones sociales: que las mismas sean el resultado de una coacción estatal previa. Las estructuras sociales son persistentes en el tiempo, y algunas de ellas pueden haber nacido en un contexto histórico en el que la mujer no disfrutaba de plena igualdad jurídica respecto al hombre y en el que, por tanto, sus oportunidades legales para autorrealizarse estaban cercenadas: ese marco jurídico liberticida puede haber condicionado la aparición de estructuras sociales que todavía continúen con nosotros

y que limiten gravemente el margen de actuación de las mujeres. Por ejemplo, si en una sociedad las mujeres han tenido tradicionalmente prohibido acudir a la universidad, levantar tal restricción no solventará de inmediato los problemas que provocaba, pues puede haberse generalizado la costumbre de que las mujeres no acudan a la misma — no muestren interés por los estudios superiores—, y, en todo caso, habrá varias generaciones de mujeres que carecerán de titulación universitaria y que, por tanto, tendrán dificultades para acceder a los puestos más capacitados del mercado de trabajo; asimismo, si en una sociedad sólo las mujeres tenían prohibido divorciarse, la legalización del divorcio probablemente tampoco elimine *ipso facto* la tacha social negativa asociada a esta práctica; o, igualmente, si en una sociedad las leyes han segmentado las profesiones entre las que son «preferentemente para hombres» y «preferentemente para mujeres», parece lógico que, aun después de levantar tal normativa, los hábitos laborales pasados perduren en el tiempo.

Difícilmente el liberalismo puede permanecer neutral ante tales situaciones que restringen *de facto* la autonomía de una persona y que, además, pueden ser consecuencia de una previa limitación *de iure* en sus libertades. Sin embargo, ni siquiera en tales casos el liberalismo podrá legitimar el uso de la violencia —especialmente contra personas inocentes que nada tuvieron que ver en la conculcación de las libertades pasadas de las mujeres— como mecanismo para «reparar» las secuelas de injusticias previas; o, dicho de otro modo, el hecho de que algunos hombres reprimieran durante un tiempo la libertad de todas las mujeres no justifica la represión actual de aquellos otros hombres — por el mero hecho de ser hombres— que no participaron en tal cercenamiento de sus libertades. Aunque las víctimas pudieran ser todas las mujeres, la responsabilidad no puede recaer en todos y cada uno de los hombres. De ahí que las políticas de discriminación positiva —u otras medidas

estatales como la reeducación forzosa o la tipificación asimétrica por razón de sexo en las leyes penales— que propugna buena parte del feminismo como compensación histórica a todas las mujeres por la conculcación de sus libertades pasadas no puedan hallar cabida dentro del liberalismo.

Pero que el uso de la violencia no esté legitimado para el liberalismo no significa, como decíamos, que el liberalismo deba tener una visión neutral con respecto a tan problemáticas instituciones. Al contrario, entroncará perfectamente con el liberalismo el combatirlas a través de un activismo social de carácter voluntario —visibilizando, informando o financiando— que permita acelerar su transformación hacia otras que dejen de encorsetar irracionalmente a las mujeres. Frente al dirigismo estatal coactivo *top-down* del feminismo antiliberal, el feminismo liberal optará por el activismo social voluntario *bottom-up* como vía para denunciar y regenerar aquellas instituciones que el Estado contribuyó directa o indirectamente a crear y que todavía hoy hipotecan los proyectos vitales de muchas mujeres.

En definitiva, el feminismo que reivindica igualdad jurídica entre hombres y mujeres será absolutamente consustancial al liberalismo. El feminismo que promueve el cambio de las estructuras sociales no sólo podrá compatibilizarse con el liberalismo siempre que no emplee medios violentos para ello, sino que también cabrá considerarlo como una manifestación más de esta filosofía política en tanto que busque acabar con aquellas estructuras sociales extremadamente opresivas con la mujer o que hayan nacido bajo el amparo de la coacción estatal. Todas aquellas personas que se muestren preocupadas por los derechos de las mujeres o por la reparación presente de injusticias pasadas contra ellas pueden encontrar cabida dentro del liberalismo siempre que rechacen conculcar las libertades de otros hombres y mujeres inocentes. De hecho, en este libro de la profesora María Blanco todas esas personas encontrarán

una perfecta exposición de la posibilidad y la necesidad de ese feminismo liberal.

JUAN RAMÓN RALLO.

Introducción

¿Quién es Afrodita?

*¿Y si Dios fuera mujer?
pregunta Juan sin inmutarse,
vaya, vaya si Dios fuera mujer
es posible que agnósticos y ateos
no dijéramos no con la cabeza
y dijéramos sí con las entrañas.*

MARIO BENEDETTI.

Afrodita es la diosa griega que emerge de la espuma del mar de Chipre. Es la diosa del amor que no fue concebida por amor, sino porque su padre, Urano, fue castrado y sus genitales fueron arrojados al mar. Es la diosa que no tiene niñez, porque surge de las aguas ya como una hermosa doncella, que es intrigante, caprichosa, infiel, poderosa y, por encima de todo, bella e irresistible. Tanto su versión griega (Afrodita) como la romana (Venus), la sumeria (Inanna) y todas las demás diosas equivalentes, representan para la cultura mediterránea la femineidad, el deseo y la fertilidad. Sus sacerdotisas, las heteras (o hetarias), ejercían la prostitución sagrada en el templo, algo que sería un escándalo para la mentalidad occidental moderna, pero que entonces expresaba el control de las mujeres sobre su propio comportamiento sexual, por encima del de los hombres.

Esta diosa de diosas tiene infinitas caras y atributos y, desde mi punto de vista, representa el poder de las muje-

res y su rol en el mundo. Es deseada y temida, envidiada por las demás, sometida por el padre, amante entregada, celosa de su posición, capaz de lo más sublime y de lo más mezquino. Pero si miramos un poco más allá de nuestras narices y analizamos con mente abierta las historias de Afrodita, veremos ante nuestros ojos los principales factores que explican el feminismo y el machismo: sexo, fecundidad y poder.

La mitología griega, a diferencia de lo que sucedía en su sociedad, no discriminaba entre dioses y diosas a la hora de repartir capacidades y dones, y así tenemos a Afrodita, Atenea o Gea al lado de Zeus, Tánatos o Cronos.

Pero la historia real de las mujeres y de su relación con el poder en Occidente no es el fruto de la imaginación. Para los griegos, las mujeres no teníamos alma; para las religiones cristianas, en cambio, somos la tentación que llevó a Adán a desobedecer a Dios; y la mujer en el islam aún está peor considerada. A lo largo de la historia se nos ha negado la educación, el voto, la autonomía económica. Y, a la vez, esta mentalidad que presupone la superioridad masculina ha sido enseñada por mujeres, que han dejado en herencia a sus hijos y a sus hijas una tradición que esclaviza a ambos al atarlos a sus roles respectivos. Ellos, fuertes y dominantes, se encargan del sustento de la familia, y son padres de hijos fuertes y de hijas fértiles. Ellas, sumisas y necesitadas, son devotas de los hijos y del hogar, reproductoras de los mismos esquemas heredados y, sobre todo, capaces de engendrar.

Esos roles, que en la edad de las cavernas tenían una explicación porque eran fruto de la necesidad y la supervivencia, fueron degenerando e impostándose a medida que sobrevenía la abundancia, que la tecnología suplía la fuerza bruta y que la demografía cambiaba. No siempre el hombre era fuerte y la mujer débil, pero ambos tenían que aparentarlo y, de puertas para afuera, cubrir las apariencias y cumplir con las expectativas de la sociedad.

Pero ¿qué llevó a que el hombre tuviera incentivos para someter a la mujer y no al revés? Una cuestión meramente biológica: la reproducción. La psicología evolucionista, que presupone que muchos de nuestros comportamientos son reminiscencias de muchos siglos de vida cavernícola, ofrece argumentos muy atractivos: nuestro cerebro reptiliano, el instinto o que el ser humano es solamente un animal evolucionado... Todas las explicaciones valen para explicar el origen. Sin embargo, a día de hoy, en pleno siglo XXI, de la misma forma que hemos superado enfermedades, inventado vacunas y hemos salvado distancias gracias a los medios de transporte y a las nuevas tecnologías de la comunicación, ¿por qué parece que no somos capaces de superar la mentalidad machista cuyo origen se hunde en los orígenes de la historia?

Lo fácil es responder señalando a los hombres. Al fin y al cabo, las mujeres, incluidas aquellas abducidas por la sociedad y las enseñanzas machistas, somos siempre víctimas de alguien. O al menos eso es lo que flota en el ambiente, cuando la realidad es que la victimización es el mayor obstáculo para superar problemas. Tanto si uno es una víctima como si no lo es, victimizarse o ser victimizada es la mejor manera para encadenarse y no avanzar. Aquella persona que se hace la víctima está explotando un drama inexistente para no afrontar la vida. Si uno padece una situación de injusticia o abuso, la recuperación no pasa por evitar el dolor ni negar los hechos, y tampoco consiste en permanecer estancado en el dolor y la recreación del trauma. La resiliencia implica reconocer el dolor y sobreponerse a ello asertivamente. Y no es eso lo que está pasando ahora. Los jóvenes que se encuentran con un desempleo juvenil del 50 por ciento se preguntan para qué esforzarse estudiando si al acabar sus carreras van a tener que emigrar, y reclaman que alguien haga algo, que los responsables del desempleo les solucionen la papeleta. Los políticos alimentan el fuego prometiendo rentas para que los jóvenes se puedan

emancipar, promesa que es una contradicción en sí misma, porque uno no se emancipa dependiendo de nadie, y tampoco del Estado. Ésa es la actitud que caracteriza al nuevo feminismo de izquierda radical: se denuncia la situación (y a veces se agranda inflando los datos), se crea alarma social y se reclama que alguien haga algo para que la mujer sea independiente. De nuevo, esto supone una contradicción, porque, a pesar de los grandes titulares que hablan de empoderamiento, lo cierto es que las políticas llamadas «de género» hacen dependientes a las mujeres.

Ninguna de las diosas griegas se ponían tantas trabas a sí mismas; al revés, actuaban con libre albedrío (y no siempre con bondad), se vengaban y expresaban su ira, o bien hacían algo, cualquier cosa, todo menos victimizarse. Victimizarse no es lo mismo que pedir ayuda o que denunciar. Perséfone y Afrodita acuden a Zeus por el amor de Adonis y asumen su veredicto, pero no son diosas pasivas, ni siquiera Perséfone, la diosa raptada por Hades y reina de sus dominios, los infiernos (o el inframundo). En términos feministas modernos, el empoderamiento de estos estereotipos era absoluto; ellas actuaban, desobedecían, se fijaban metas e iban a por ellas, preocupadas más por el fin que por el camino, lo cual no siempre es moral. Si tenían que transgredir las normas del Olimpo o mentir a Zeus, lo hacían; si tenían que ser infieles para compensar un matrimonio concertado por Zeus (como en el caso de Afrodita y Hefesto), lo eran. Incluso la princesa Mirra engañó a su padre y se convirtió en su amante anónima por doce días para salirse con la suya. Los dioses eran poderosos, pero no morales. Las leyendas mitológicas griegas nos muestran mujeres que no se detienen cuando intentan ser frenadas y no se victimizan a pesar de ser víctimas. Se sobreponen, manejan las riendas de su camino y, ante cualquier situación, se hacen cargo de las consecuencias y optimizan el resultado.

Detrás de la mujer de apariencia frágil que emerge del océano sobre una concha marina, como la representa Botti-